

# Pensé que todo tan solo era Historia... hasta que a mí me tocó

M<sup>a</sup> Lourdes Cañón

Desde mi punto de vista, quiero intimar a mi inteligencia, para ser lo más exacta posible, ya que mis convicciones se confunden con la realidad y mi imaginación, tan desenfrenada, que siendo ésta tan sugestiva, no puedo separarla de los propios acontecimientos.

En mi familia la emigración está a la orden del día. Siempre hubo muchas madres llorando por hijos ausentes. Cuando creí que todo era historia, hasta a mí me tocó. En el año 2001, viajó a España uno de mis hijos. Lloré por él, por la enfermedad de mi marido; todo se juntó.

“– ¡Cómo lo necesité!”. En esos momentos no se requieren palabras, sino lágrimas, es algo irremplazable. Es muy difícil soltar a quien uno ama. Al salir uno de la casa de los padres, para formar nueva vida, siempre es un calvario, ya que es complicada y laboriosa la convivencia. Y si esa vida es en un país que no es el de uno, ese calvario es mil veces peor. Sé que la vida es sufrimiento, se termina perdiendo todo e incluso la conciencia. La adaptación a los cambios en cada etapa es fundamental, nadie nace aprendido y cuando ese alguien no tiene cerca a la familia, dicha adaptación es más complicada. Muchas personas maduran a los golpes, otras se van al tarro (*sic*) de la basura pues el sentimiento de soledad e inseguridad, no se puede manejar. Aprendiendo a desarrollar el espíritu se valoran las alegrías.

Los testimonios que registro para contar la vida de mi padre me resultan muy familiares, pues hay similitud entre mi forma de ser y la de él. Nació en 1877, en un pueblo perteneciente a la provincia de León, llamado Cubillas de Arbas<sup>1</sup>, a catorce kilómetros de Villamanín, situado en la carretera que une León con Asturias.

<sup>1</sup> Véase en este mismo volumen el relato de Serafín García Cañón. (N.E.)



Poblado de Cubillas de Arbas. León.

Pensé que todo tan solo era historia... hasta que a mí me tocó

Al cumplir dieciocho años lo convocaron en el ejército de la Corona Española. Por primera vez, sin experiencia alguna, abandona sus queridas montañas embarcándose para pelear en la guerra de Cuba y Filipinas. Su destino de combate fue San Juan de Puerto Rico, para defender la hegemonía española en el Caribe, tan pretendida por los Estados Unidos. Fue un conflicto desastroso. Al firmar el Tratado de París el día 10 de diciembre de 1898, todos estos territorios fueron cedidos al país imperialista que emergía como potencia en la zona. Mi padre siempre nos contaba una anécdota, en cada oportunidad utilizaba las mismas palabras: “Me hicieron vestir con un traje de coronel, me llevaron al teatro y en un palco me senté. Disfrute del espectáculo como nunca en mi vida, en mi pecho brillaban muchas medallas, al terminar volví al cuartel en un carruaje y entregué el traje con sus medallas, me sentí importante aunque sentí miedo. Al tener la cara de joven y pinta de infeliz, no me tocaron ni un pelo”.

Hablaba admirado de esos territorios, nunca se los pudo sacar de la cabeza, el paraíso tropical, las bellezas provocativas de sus playas, la música, los frutos, el desparpajo por la belleza exótica provocativa de las mujeres centro-americanas. Él venía de un lugar de nieve donde el frío arrasó todo: la forma de relacionarse de los hombres, ya que el calor y la desnudez se dan la mano; nunca le escuché hablar mal de su experiencia en la guerra, ni tampoco de combates. Solo hablaba de gratos momentos y de la buena comida del lugar, el paraíso tropical.

Este escrito me obligó a determinar, reflexionar y hurgar en mi pasado y poner voz a quienes no están más.

Cuando mi padre terminó el servicio militar, que en esa época duraba diez años<sup>2</sup>, le calentó la cabeza al hermano más grande, Jacinto Cañón, quién era maestro de escuela en un pueblo cercano. Él tenía que acompañarlo en su huída hacia otros lugares en donde tuvieran más oportunidades, ya que en el pueblo no las tenían. Mi padre había estado en Puerto Rico, del cual se había enamorado. En 1910 se tomaron un buque para la Argentina, en donde tenían parientes y amigos y así les resultaría más fácil.



Documento de Manuel Cañón Díez.

Número 5799

## LA MALA REAL INGLESA

Línea de Brasil y Río de la Plata

Billete de pasaje de Emigrante en el vapor **AVON**, Capatzen D. **L. R. DICKINSON**  
 para embarcar el día de **13 NOV 1910** de **19** en el puerto de **7100** para el de **Quilmes**  
 con transbordo en el puerto de **(1)** al vapor **(2)** en viaje de duración probable de **20** días  
 con escala en **BUENOS AIRES**

Nombre del pasajero: **Jacinto Cañón**  
 Edad: **38 años**  
 Profesión: **maestro**  
 Estado: **casado**  
 Último domicilio: **Barcelona**  
 ¿Sabe leer y escribir? **si**

Equipaje: **(Dultos:)**  
**(Kilos:)**  
 Impuestos del pasaje: **(En letras) Pasajes de emigración y escala**  
**(En cifras) 241**

Modo de pago: **efectivo**

(1) Cuando el viaje sea directo, no se llenarán estas casillas.  
 (2) Si a no.  
 (3) Este espacio se llenará a bordo.

Firma del emigrante: **ESPANILAO DURAN**  
**Jacinto Cañón**

Entero y conforme con el contenido de este billete, y también de las prevenciones señaladas al dorso.  
 Firma del pasajero: **Jacinto Cañón**

Pasaje de barco hacia Argentina de los hermanos Cañón.

<sup>2</sup> El servicio militar en España se organizó históricamente de muy diversas maneras, pero en cualquier caso abarcaba una fase previa de recluta, el servicio en filas propiamente dicho y distintas variantes de reserva en las que el joven permanecía teóricamente disponible. El tiempo en filas nunca excedió los cuatro años. (N.E.).

Pensé que todo tan solo era historia... hasta que a mí me tocó

Se instalaron en French, pueblo popularizado con este nombre, ya que su nombre verdadero es Colonia Agrícola Manuel V. Gonnet, fundado el 22 de noviembre de 1887 en honor al jurisconsulto y economista, ministro de Obras Públicas en la provincia de Buenos Aires, en el gobierno de Máximo Paz. Este pueblo pertenece al partido de 9 de Julio (Provincia de Buenos Aires). El 23 de noviembre de 1888 se inauguró la estación ferroviaria con el nombre de French, y esto le dio vida al pueblo.

Es un territorio dedicado a la agricultura, campos y campos sembrados de trigo, maíz y en estos momentos de soja. El pueblo está dividido en treinta manzanas con doce solares cada una, veintinueve quintas y ciento setenta y cinco chacras<sup>3</sup> ocupando una superficie de 9.273 hectáreas y el ensanche del ejido<sup>4</sup> ocupa doscientas hectáreas.



Iglesia de French y esquina donde se ubicaba la antigua tienda "Los Cañones".

Esta medida del centro Agrícola Manuel V. Gonnet fue aprobado por el poder ejecutivo el 12 de octubre de 1889. En la época en que mi padre y mi tío se instalaron en French, estaban rodeados de aborígenes que vivían en el Fuerte Paz. Tenían dos cementerios, uno indígena y otro para cristianos. En la laguna Corral de Palos se cazaba y se pescaba, hay una pulpería, donde se descansaba, comían

y preparaban a los caballos de las diligencias para seguir viaje. Eran ordenados, prolijos, sobrios y reservados. Al principio dormían en la casa de una señora que vivía sola y ella les cocinaba y lavaba la ropa. Pero hubo una epidemia de viruela negra y se fueron a vivir al negocio que había cocina, tomando los recaudas<sup>5</sup> hervían el agua y cocían bien la comida; la peste pasó de largo por mi familia. Mi tío dormía en una acogedora cama, pero mi padre, en cambio, dormía arriba del mostrador en una colchoneta. El dinero lo guardaban en un estante detrás de la mercadería. Un día apareció un hombre desconocido en el negocio con una gran escopeta, justo le pidió la mercadería donde escondían

<sup>3</sup> Granjas. (N.E.)

<sup>4</sup> Campo común de los habitantes de un pueblo, que linda con él y se destina a eras o al ganado. (N.E.)

<sup>5</sup> Precauciones. (N.E.)

el dinero, y al sacarlo se le cayó al suelo; mi padre muy nervioso se quedó atónito; el señor le dijo: “No se preocupe señor, no vengo a robar, vengo a cazar y a pescar”.

Un hermano de mi madre que nació en 1903 tenía diez años cuando mi abuela lo envió a la Argentina; mi padre no lo fue a buscar al puerto; se llamaba Florentino Cañón. Uno días separaron a Florentino de mi padre ya que se retrasó, el niño ya traumatizado por el viaje al hallarse solo en el puerto, lloraba sin consuelo. Encontró cobijo con una familia asturiana, que fue recordada siempre por mi padre con mucho cariño y amor. La angustia de esa criatura se reflejó siempre en su mirada y no cambió a lo largo de su vida.



Interior de la tienda “Los Cañones”.

A lo largo de su estadía trajeron mediante la conocida “carta de llamada”, a parientes y gente del pueblo, enseñándoles su manera de ser e inculcándoles el orden y la honestidad en el trabajo. En 1916 mi padre regresó a su tierra a enterrar a su padre; un año después volvió a la Argentina para continuar trabajando.

El sábado 15 de diciembre del año 2007, acompañada de uno de mis hijos, fui a conocer el pueblo donde habían estado mi padre y mi tío durante quince años. Nos recibió una señora llamada Virginia Ibáñez de ochenta y tres años de edad, más bien conocida por el apodo “La Tota”. Ella nos contó que trabajó en el negocio “El Cañón”, fundado por mi padre en 1911. Fue empleada por Ambrosio Cañón, sucesor de mi padre como dueño de la tienda. Ella nos aclaró que no conoció a mi padre ni a mi tío, pero nos habló sobre ciertas costumbres

de la tienda y de la época que fueron heredadas de los fundadores: el horario de entrada estaba pautado a las ocho de la mañana, parando para almorzar a las doce treinta y reanudando la faena a las catorce. Finalizaban la jornada laboral a las veinte horas. Los domingos no se trabajaba, a esto se le denominaba semana inglesa, bajo la presidencia de Perón y tal vez por la influencia de todos aquellos inmigrantes que fueron llegando desde Europa con ideas socialistas. Esto al comienzo no sucedía, ya que se trabajaba todos los días, sin reparo. Así fue que mi padre y mi tío en tan solo quince años capitalizaron unos ahorros que le permitieron vivir todo el resto de su vida sin trabajar.

El almacén Cañón Hermanos, “El Baratillo del Cañón”, un negocio que ocupaba tres solares o lotes, estaba situado a un costado de la iglesia y en frente a la plaza principal. Se vendían muebles, telas, zapatos, comestibles y vendían vino a granel, almacenado en grandes bordalesas o barricas. Los productos comestibles se envolvían en papel, como si fuesen medialunas gigantes o croissants. También se vendían productos de corralón, en el otro costado del local entrando por dos puertas de hierro que aún perduran. El último lote se alquilaba a una panadería, la cual se mantiene original, con sus paredes de ladrillos a la vista y grandes puertas de madera.

La Tota nos comentó que a las ocho de la mañana ya estaban los *sulkis*, los caballos y los carromatos a la puerta de la tienda, esperando ser atendidos. Unos pocos pagaban al contado, en efectivo, pero la mayoría tenían una “libreta” en donde se tomaba nota de lo que compraban y los importes, esto también quedaba registrado en un libro que contabilizaban los propios dueños de la tienda. Todos los días al terminar la jornada laboral se pasaba a limpio todas las facturas emitidas en el día. La gente que trabajaba en el campo pagaba una vez al año, cuando se vendían las cosechas, ya que es una zona agropecuaria. De esta manera el comerciante confiaba en su cliente, fiándole durante todo el año... “En ese momento la palabra valía”, sentenció Tota.

Otra particularidad de la tienda es que se vendía barato y además nadie se retiraba sin la “yapa”<sup>6</sup>, por pequeña que fuera todos la recibían como un regalo al comprar algo. Podía ser desde una galleta o una copa de vino hasta una herramienta, dependiendo del cliente. Había una pieza de tela para uso doméstico, ésta era más económica y se compraba en todos los hogares, siendo su finalidad la confección de ropa interior.

Uno de los socios de la segunda generación de dueños, llamado Amador Cañón, primo de mi padre se convirtió en un gran “modisto”; él aprendió a confeccionar una pieza de ropa que se usaba mucho en la zona por los traba-

<sup>6</sup> Propina o regalo. (N.E.)

jadores del campo: la famosa “bombacha de campo”<sup>7</sup>, la cual se sigue usando hoy en día.

En 1925 volvieron los dos hermanos a España, con un pequeño capital, siempre habían vivido juntos y así lo hicieron hasta el fin de sus días.

Se casó Manuel porque así fue planeado. Él era el más joven de los dos: 51 años registraba su documento, con una mujer hermosa y sensata, quién tenía 33 años menos y era hija de una prima... Claro, ella fue la elegida. Tuvieron cuatro hijos, yo siendo la más pequeña nací el 10 de septiembre de 1940, “el año del hambre” en la ciudad de León. Muy chiquita y delgada, mi madre había perdido una beba al terminar la guerra. Mi hermana me lleva nueve años y mi hermano 6 años.

Su vida fue tranquila ya que nosotros no le dimos mucho trabajo, no tenían grandes preocupaciones ya que el dinero lo pusieron como acciones en un banco y así pudieron vivir de la renta. No vivimos a lo grande, pero estudiamos en buenos colegios, pasando los inviernos en la ciudad de León y los veranos en Cubillas de Arbas. Yo siempre fui muy mimada por mi padre, cuando murió ya estaba preparada para ese desenlace, pues ya contaba con 23 años. Lo peor fue en 1950 cuando volvió a la Argentina con mi hermano, quién tenía solo 15 años, con motivo de liquidar una propiedad que había dejado sin vender. Lo eché mucho de menos y caí enferma, no pude aguantar estar tanto tiempo sin él, tal es así que no recuerdo el tiempo que estuvo fuera. A mi hermano no volví a verlo hasta 1969, fecha en la cuál arribé a la Argentina.



Cédulas de identidad de Manuel Cañón y hermano.

<sup>7</sup> Pantalón bombacho. (N.E.)

Pensé que todo tan solo era historia... hasta que a mí me tocó

Mi hermano, Jacinto Cañón Cañón, encontró en América una libertad que en España no tenía. Con las vueltas de la vida se repite la historia y dos de sus hijos están viviendo en Barcelona.

Cuando nací mi padre tenía 63 años; fui siempre una malcriada aunque mucho no se notaba, inventaba artimañas y pretextos, sabiendo que resultarían. Aparentaba ser un poco atrasada, así no me obligaban a estudiar, algunas veces me quejaba de dolor de cabeza, haciéndome la nenita (no me costaba trabajo). Mi madre me protegía por temor a las enfermedades y mi padre decía: “¡No le hagan daño a la niña!”

Mi tío, hermano y compañero de mi padre, Jacinto Cañón Díez, quien le llevaba 10 años de edad, no tenía paciencia, cerraba la puerta de su habitación con llave para protegerse de mí. Acostada en el suelo del pasillo, pateaba su puerta hasta cansarme, él no abría. Era el maestro de la familia, pero no para mí. Su actividad era llevar la economía de nuestro hogar.

Mi padre era un ser dulce, tierno y cariñoso. Bueno por dentro y fuera, de complexión alta y delgada. Le quedaba bien toda la ropa que vestía. Cuando una mujer conocida se casaba por poder, como era costumbre por esos años, él hacía las veces de novio. Tenía tal donaire y grandeza en todos sus movimientos y al mismo tiempo tan humilde. Nunca vi un novio tan hermoso: yo lo amaba. Mis hermanos andaban a sus aires. Abrazaba a mi padre por detrás cuando estaba sentado, no podía defenderse, no haciendo tampoco ningún movimiento para ello; sólo decía: “déjame tranquilo”; lo apretaba más fuerte, sonreía, entonces lo besaba hasta cansarme. Nunca nos pegó, cuando tenía que pegar a mi hermano por culpa de las quejas de las mujeres de mi hogar, esperaba un momento, al ver que el niño estaba oculto, le arrojaba una zapatilla. Tal vez rompía un vidrio, pero a su hijo no le pegaba. Decía: “¡Qué pena que no le di!”.

Nunca pude olvidar a mi padre, ni la infancia tan feliz que me dio, ni los veranos que pasábamos juntos en el pueblo. Aún recuerdo esas vivencias inolvidables metidas adentro de mí: En sabores, colores, sonidos, aromas, reflejos, lluvias, viento, frío, cuentos, historias, aún me provocan los sentidos en alerta. Saliendo de mi subconsciente y quedando grabados para el mundo, siendo una mujer madura.

En Cubillas de Arbas éramos cuatro: mi padre, su burro, mi cordero y yo; inseparables. Mi infancia me dio la fuerza necesaria para criar y luchar por mis hijos, ya que mi marido lo único que hacía era trabajar. En el pueblo salíamos al campo temprano por las mañanas, aspirando el aire tibio observábamos el cielo con sus nubes, los verdes campos y las montañas. Él hablaba con las personas y yo escuchaba y a ratos se acostaba junto a mí sin decir nada. Los



saltamontes, escarabajos y vaquitas de San Antonio<sup>8</sup> nos protegían; yo, a estas últimas, les cantaba una canción dejándolas correr por mis brazos y dedos hasta que cansadas levantaban vuelo. Él sabía la hora exacta para comer, con solo mirar el sol. Ponía la albarda al burro, sus angarillas<sup>9</sup> hechas por él. Colocaba al cordero a un costado, a mí en el otro y él montaba al medio diciendo: “¡Arreando que es gerundio!”; así el burro empezaba a caminar a su aire, sin maltratos. Adoraba a su dueño. La mayor tristeza que tuve dentro de mí como adulta fue que mis hijos no pudieran disfrutar de ese lugar en el cual yo fui tan feliz.

En ese ambiente librado a su suerte, se aprende más pronto la esencia de la vida, pues al trabajado mucho, las asignaturas ilusorias quedan pendientes. Son tantas cosas en la vida, que uno se propone hacer, siendo ésta corta mucho se queda postergado. Eso le escuchaba decir: “La vejez a todos nos iguala, llega un momento en que todo se cae, se achica y se apaga y no podemos volver sobre nuestros pasos, es una ley que tenemos que cumplir y que supera la voluntad de uno”. Mi niñez fue hermosa y feliz, solamente la enturbió el colegio de monjas que me mandaron siendo muy pequeña. Eran prepotentes e hipócritas; al reprimir sus cuerpos, reprimían nuestros sentidos, marginando y subestimando nuestras condiciones, acomplejando hasta las cualidades más extremas. Forjando una personalidad distinta a la que en realidad tiene que ser. Con tantos años de franquismo y pobreza, la ciencia anduvo a tientas y mi educación no tuvo los frutos adecuados, que yo podía haber logrado.

Mi hijo, el más grande, tenía un pequeño problema en el aparato motriz, estaba atendido por un neurólogo. Aunque era muy inteligente, en el colegio no andaba muy bien. Dicho profesional mandó a una psicopedagoga para hacerle un test. Siendo una gran profesional, lo atendía dos veces por semana, durante toda la primaria. En estos momentos es veterinario. Tenía dislexia, en la lectura y en la escritura. Esta señora ya no vive, pero cuando el gran investigador Piaget daba en su casa de Suiza conferencias, ella era una invitada. A esas reuniones solamente asistían unas diez personas de todo el mundo. María Rosa Morales que así se llamaba me dijo un día: “Para que un chico salga a flote, también tengo que atender a su madre”. En un mes, una vez por semana indagó en mí, dándose cuenta que yo podía escribir poesía y también narrativa y me mandó a un taller literario. Estuve dos años, aprendí a entender y a pensar los libros. En estos momentos escribo cuentos muy divertidos. Nunca me pasó por mi imaginación que yo pudiera llegar a ser escritora. ¿Cómo es que en el colegio, en el que estudié no se dieron cuenta de mis cualidades? Era un

<sup>8</sup> Insecto coleóptero también conocido como “mariquita”. (N.E.)

<sup>9</sup> Andas para transportar a alguien. (N.E.)

colegio muy caro, yo sabía que tenía un sexto sentido: era mi imaginación, mi capital de sobrevivencia. Ésta marcó hitos decisivos en la visión de mi niñez, en la cual ayudó mucho mi padre.

En España trabajé en la Compañía Telefónica en León. Tanto la jefa como mis compañeras me apreciaban mucho, si pedía un cambio de día en mi trabajo nadie se negaba, yo también estaba al servicio de todas. Un día tuve que votar; me llamo mi jefa y me dijo: “vaya a la calle La Torre a tal número y ponga este sobre en la urna y después vuelva”. Así, le hice caso, primero porque no entendía nada de nada, ni nadie me había explicado qué era votar. Segundo no me interesaba tampoco, en estos momentos me paso averiguando todo lo que se pone a mi alcance, pero entonces ya lo tenía asimilado, lo que habían dicho de mí las monjas: “Que no era muy lucida mi inteligencia”, ¿para qué me iba a molestar? Tercero le tenía mucha confianza a mi jefa, era buena persona y muy recta. Nunca iba a engañar a ninguna de nosotras, como yo tampoco la engañé. Hubo un tiempo que estuvo varios meses sin trabajar a consecuencia de una depresión por la muerte de su madre y una hermana, casi al mismo tiempo; era soltera. La encontré cerca de la catedral, en muy mal estado, lo que le dije me salió del corazón: “La necesitamos mucho, su sustituta no es lo mismo que usted, la echamos mucho de menos”. Cómo se lo diría que al día siguiente a las dos de la tarde entré para hacer mi turno de trabajo y ella ya estaba en su puesto. La mirada que me dirigió no la puedo olvidar en mi vida. Un psiquiatra no lo hubiera hecho tan bien como yo.

En Argentina hice mil trabajos distintos. Todos ellos ayudando a mi marido (es decir no tenía sueldo), pero podía atender a mis hijos sin problemas, adaptándome a sus horarios y cuando fueron grandes: siendo inteligentes y sanos lo único que necesitaban era dinero para desarrollarse y formarse en esta ciudad. Me puse a trabajar de enfermera en una agencia, me mandaban cada día a lugares distintos, los fines de semana estuve doce años en la misma casa, atendiendo los padres de un gran arquitecto mundialmente conocido. En 1993 murió el señor y la esposa en el 2000 con cien años.

Habiendo terminado mis hijos ya las carreras universitarias, me tomé unas vacaciones. Fueron muy cortas. Al poco tiempo se enfermó mi marido; una enfermedad que fue en aumento, y el día de Navidad del 2003 se lo llevó “Jesús”. A pesar de mi educación caótica siempre supe ganarme la vida en España y en América, aunque nunca me sentí bien en mi condición de “ignorante”.

Ezequiel Rodríguez y mi tío Florentino Cañón, hermano de mi madre, fueron los que se quedaron con el negocio de French en 1925 (con este nombre se conoce el pueblo de M. Gonnet). Luego se les unió un hermano de mi suegra, y se formó la firma Morán-Cañón Rodríguez teniendo varios negocios por la provincia de Buenos Aires.

El hijo de Ezequiel, Héctor Rodríguez, en 1967 fue a España de visita a conocer los parientes del pueblo. Al llegar simulando ser un periodista argentino, sin dar a conocer su verdadera identidad conoció a su tía Beatriz Rodríguez, a quién le dijo que si contestaba bien a sus preguntas se ganaría un viaje para la Argentina a conocer a sus parientes. Después de una larga charla, el impostor dio a conocer su verdadera identidad. Los gritos, risas y llantos se escucharon por todo el pueblo. Los festejos aún se recuerdan.

Así fue como mi madre en León se enteró de la existencia de esta persona. Un día mi madre no tenía mucho que hacer, porque con mi buen sueldo y sus ahorros, no le faltaba de nada. Llamó por teléfono a una mujer del pueblo y ella le dijo que estaba en su casa el hijo de Ezequiel, recordemos que Ezequiel junto a otros socios aprendieron de la experiencia de mi padre y de mi tío por ser precursores en los negocios de Argentina. Mi madre cordialmente los invitó a tomar un copetín. Salí de trabajar y fui derecho a mi casa sin saber nada. Estaban estos dos personajes en torno a una mesa redonda. Sus ojos negros se metieron tanto en mi corazón que en estos momentos los tiene en su cara uno de mis nietos. Eso fue en enero de 1968.

Sin saber cómo, ni por qué, me enamoré como una estúpida, dejé mi trabajo que tenía un buen sueldo, ganaba más que mi hermana que se había pasado un cuarto de siglo estudiando para ser maestra. Creo que el amor es el sentimiento más fuerte del ser humano. Dejé mi casa, un piso que estaba comprando con mi madre y a mi hermana soltera y sin miras de casarse. Abandoné a mi tierra cuando estaba saliendo de su tumba para resurgir de sus cenizas.

Ese verano vinieron mis futuros suegros para conocer toda Europa. El dieciséis de noviembre me casé, en la iglesia de la Virgen del Camino de León, con suegros y todo, con ese argentino que tenía los ojos más grandes y negros del mundo. Despedimos a últimos de noviembre a sus padres en el puerto de Barcelona, nos dedicamos a disfrutar por el norte de España. Él ya había recorrido España dos veces y toda Europa. Vino a un congreso de peluquería en París por un mes y ya llevaba casi dos años viajando. Su estadía la tenía en Barcelona, en donde trabajaba y tenía amigos. Desde España iba a ir a Estados Unidos, teniendo el proyecto de trabajar en Nueva York, en L'Oreal como peluquero de damas.

Después de pasar las navidades con mi madre y hermana; el primer martes de febrero de 1969 nos embarcamos en Gijón, era un barco carguero español, en esa época tenían la obligación de llevar pasajeros. Éramos muchos ya que el barco era muy grande; metieron todos mis baúles y bártulos en la bodega, quedándonos con lo más indispensable.

Estos barcos de destinos insospechados, llegaban a los puertos cargando y descargando su mercadería, nosotros podíamos recorrer todos esos luga-

res teniendo hotel gratis. Desde Gijón fuimos a La Coruña. Después rumbo a Lisboa; Estoril playa muy famosa que pudimos disfrutar. Cruzamos todo el océano Atlántico, y una mañana de sol caribeño del quince de febrero de 1969 llegamos a Puerto Rico, justo en los carnavales. Yo no había visto nunca esas exhibiciones por las calles, con ese esplendor de grandeza, sus trajes de colores vivos danzando al compás de la música, pareciera que estaba viviendo en tiempos de la corte de Luis XV. Toda esa procesión terminó en el capitolio de la ciudad de San Juan en donde se hacía un gran baile. Yo miraba todo eso como un sueño, nunca pensé que en esa época las personas pudieran divertirse así. Recorrimos casi toda la isla con unos compañeros de viaje.

Lo que más me llamó la atención es la luz solar en pleno febrero a diferencia del frío que hacía en León. Llevaba un vestido de verano y no sentía ni frío ni calor. Habitaban ahí muchos negros y mulatos con cuerpos esbeltos, mujeres y hombres con sus sensuales movimientos de caderas se bamboleaban en todas las direcciones sin ningún recato, es como si toda la naturaleza y ellos, fueran parte de la misma dulzura. En medio de este viaje noté el comienzo de mi primer embarazo, dando a luz el 14 de agosto de 1969 a mi primer hijo, Javier.

Al entrar en el Golfo de México yo iba en la proa del barco, en el fondo del mar se veían los peces y una tortuga gigante nos escoltó hasta llegar al puerto. Estuvimos casi una semana en Veracruz. ¡Qué lindo es México! ¡Qué alegres los mexicanos! A unos compañeros de viaje que se bajaron en Veracruz los recibieron sus compadres, junto a ellos nos llevaron a recorrer la ciudad, y nos hicieron probar tequila, una bebida alcohólica. Mi marido se puso un poco alegre, lo pasamos muy bien. El sol caribeño seguía calentando mis espaldas, siempre pasó mucho frío mi columna.

La primera ciudad de Estados Unidos que paramos fue Savannah, la temperatura era ideal, no necesitábamos abrigo; todas eran casas blancas con tejados colorados. No vimos ningún edificio alto. ¡Cómo me hubiera gustado quedarme a vivir en ese lugar! La segunda ciudad fue Washington. Era otra cosa, era una ciudad, ciudad. Tenía su centro comercial, edificios altos, museos, cines y muchas cosas más. Me gustó mucho. Después de veinticuatro días por fin llegamos a Nueva York, y así finalizó el viaje el 28 de febrero de 1969. En esta ciudad las calles en vez de ser nombradas por personas ilustres y próceres<sup>10</sup> como en todas partes del mundo, están numeradas. Había nieve todavía y a los pocos días desapareció como por orden de magia. Los baúles y valijas que no necesitábamos quedaron en un galpón en el puerto, protegidos en una jaula de aluminio, que ni siquiera teníamos las llaves del candado. No

<sup>10</sup> Persona eminente de reconocido renombre. (N.E.)

me faltó nada de nada. Parábamos en un hotel céntrico no muy bueno, pero nos encontrábamos cómodos. Los dueños eran vascos, (se llamaba paleta al cesto, en vasco “Jai Alai”)<sup>11</sup>. Salíamos a las nueve de la mañana y nos recogíamos a las diecinueve horas, recorriendo todo Nueva York. De esta forma se nos pasó el mes de marzo, un día fuimos al Museo de Arte Moderno y nos dijeron que fue construido por un argentino, (pensar que con los años murieron en mis brazos sus padres). ¡Qué vueltas da la vida!

Un día fuimos a visitar la casa de L’Oreal y mi marido acordó que cuando naciera su primer hijo en la Argentina, volvería a Nueva York para trabajar con ellos. Yo ya estaba embarazada de tres meses.

Una noche tomó leche y a continuación jugo de naranja. Le dio una descompostura tan grande que tuvimos que acudir al hospital cercano alrededor de las nueve de la noche; caminábamos deprisa, pues en esta ciudad a esa hora ya nadie camina por la calle. En una intersección vimos a un negro muy bien vestido que rompía la vidriera de un negocio con un hierro que tenía colocado en el talón de su bota, los vidrios saltaron y sonaron a varias cuerdas a la redonda. Llegamos al hospital y allí fue muy bien atendido. Cabe aclarar que no fue gratis el servicio. Cuando volvimos a pasar por el lugar del atraco, la policía ya estaba trabajando en el asunto. Mi marido, quién había recorrido toda Europa sin sentir ninguna inseguridad, comenzó a sentir un miedo irreversible. Creo que se debió a mi embarazo, dicho de paso, nunca estuve tan bien de salud en toda mi vida.

En las cartas que nos mandaba la familia de Héctor, mi marido, nos pedían que volviéramos lo antes posible, y así lo hicimos. A primeros de abril sacamos unos pasajes en un barco carguero noruego y viajamos con todos nuestros bártulos más otro baúl con todas las cosas que compramos en Nueva York. Solo éramos ocho pasajeros, teníamos una habitación con muchas ventanas y baño privado, parecía un salón de baile. Comíamos en la mesa del capitán con su mujer e hijos. Parte de los pasajeros se fueron bajando en distintos puertos y solo quedamos cuatro para arribar a Buenos Aires. Volvimos a pasar por Washington, donde estuvimos varios días y luego por Savannah, que la temperatura más cerca de la primavera, era ideal. Donde verdaderamente disfrutamos fue en Miami, con sus playas, el acuario y todas las demás bellezas que esa ciudad tiene. Luego le tocó el turno a Río de Janeiro. Allí mi marido tenía un amigo que nos llevó a comer a Copacabana. Fue una noche hermosísima. Salimos de la bahía de Río un día a las doce de la noche, con muy mal tiempo y el

<sup>11</sup> Deporte de origen vasco, también conocido como “cesta-punta”, que se juega en frontón y que tiene una cierta difusión en España, Argentina, México y en Estados Unidos. (N.E.)

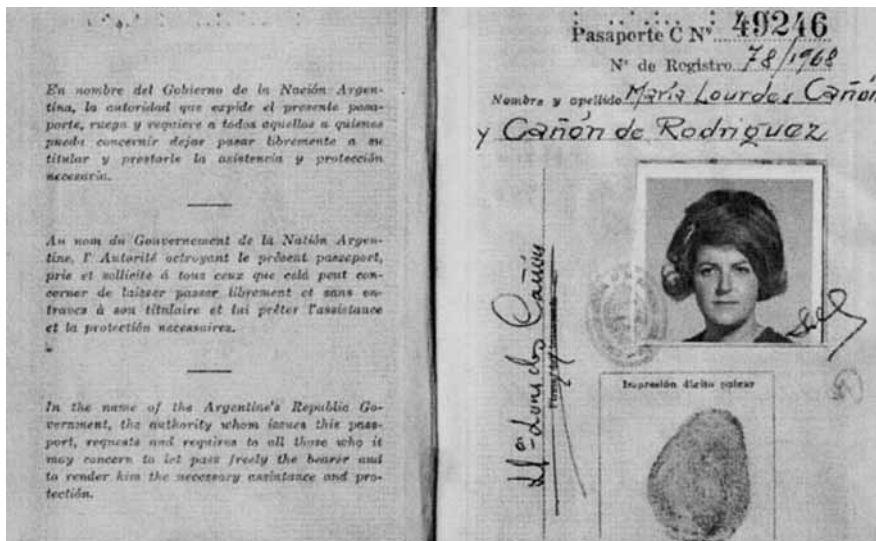
capitán un poco en curda (borracho), los trompicones que ese barco dio fueron tremendos, pero se ve que el capitán sabía bien lo que hacía, era un maestro. Finalmente llegamos a altamar. En el Uruguay estuvimos varias horas sin tocar tierra, sin previo aviso llegamos a la Argentina el último día de abril. Siendo fiesta aquí el primero de mayo, no pudimos sacar nada del barco hasta el tercer día de haber llegado.

Según los cálculos de mi marido iban a estar muchas personas esperándonos en el puerto, pero el llegar nadie nos esperaba. Sacamos lo más indispensable y nos fuimos en un taxi a la casa de mi suegra.

No vine a quedarme en este país, en mi cabeza rondaba la idea de vivir en los EE.UU., pero la familia de Héctor nos ató de pies y manos, sobre todo su madre, quién lo amaba mucho y lo único que salía de sus labios era: “¡Hay que comprar departamento!”. Lo repetía varias veces por día.

Estaba viviendo con una familia desconocida y una política extraña ya que en España no se hablaba de nada, Franco seguía en el poder. Aquí en los noticieros se hablaba muchas veces de más y los cambios de gobierno estaban a la orden del día. Mi familia política no le daba importancia a estos temas. Escuchaban las noticias y parecía que miraban una novela de ficción o como si escucharan llover, solo se reían y cada cual seguía su camino. Había una inevitable costumbre de problemas sociales y torbellinos políticos, según mi criterio la inflación de la moneda unas veces perjudicaba y otras favorecía. Mi marido cambió su carácter notablemente, de ser un turista despreocupado, se convirtió en un ser ultra responsable. Eso perjudicó nuestra relación matrimonial.

Pensé que todo tan solo era historia... hasta que a mí me tocó



Pasaporte argentino de María Lourdes Cañón.

Soy hija de todas las migraciones y con sus respectivas cargas de tradiciones. Entre mis papeles encontré una carta para mi hermana que nunca eché al correo, no quiere decir que yo tenga razón, pero al leerla interpreté un poco como veía los problemas sociales de esa época, aquí y en España:

“Buenos Aires 24 de Junio de 1980. Queridas mamá y hermana,

El problema que atañe a Luis no es más que una desgracia, producto de las guerras modernas, que al igual que las antiguas matan a nuestros jóvenes. Cualquier potencia mundial tiene interés en que los pueblos sean estúpidos, para poder hacer de ellos lo que quieran, introduciendo la droga que anula nuestra juventud. Si no fuera así los políticos se pondrían de acuerdo, evitando ese problema, pero ellos mismos ya tienen sus intereses creados. Son problemas de guerra moderna, si se compara con los traumas, los síndromes, los lisiados, estúpidos y muertos que nos dejaron las guerras anteriores nos haríamos menos drama por lo que hoy en día pasa. En épocas anteriores los padres tenían la obligación de mandar a sus hijos a la guerra, estaba valorado y disculpado por la sociedad. Todo en la naturaleza crece poco a poco y no bruscamente. Por lógica no se puede pasar de la niñez a la vejez sin que cuenten los años, en los hogares pasa lo mismo, no se puede tener hijos grandes sin antes haber sido chicos, en las naciones es lo mismo. España estuvo gobernada por un dictador, de ese estado paso al otro extremo, no hubo puente, se ahogaron muchos en el paso, los que aprendieron a nadar tuvieron tabla de salvación, saliendo a flote. Ni las familias, ni los colegios y menos la iglesia advirtió nada a la juventud; se nace con inteligencia pero no con saber, a mí nadie me enseñó a pensar, por consecuencia no sabía nada de nada hasta que en un mes una vez por semana, la psicopedagoga de mi hijo me demostró para que había venido yo a este mundo y como podía gratificarme yo con ello: “A golpes se hacen los hombres”, aunque en el camino las víctimas sean los más inocentes. Aquí en este momento, los problemas son graves, el día en que salgan a la luz serán terribles. Aparentemente hay tranquilidad y por dentro una realidad sombría. Mis hijos están en el colegio primario donde pasan películas con dibujitos animados sobre las enfermedades sexuales, cómo se contagian y los efectos de las drogas, que yo nunca había escuchado ni de la boca de mi madre, ni del colegio, ni de la iglesia... ¡Todo era pecado! Esto último castró a muchas personas en España en varios aspectos de su vida. ¿Acaso yo no fui un trauma de la guerra, de esa guerra que aun no se por qué fue? Con mi inteligencia, que en estos momentos la valoro, “no pude pasar de la reválida de cuarto”. Habría que preguntarle a la hermana Adoración, que en estos momentos debe estar adorando al diablo, con lo soberbia que era, rechazando cualquier uso de la ciencia o de las investigaciones modernas”.

En esta ciudad en la que vivo, Buenos Aires, completa, grande y compleja, siempre se puede encontrar lo que uno busca, teniendo paciencia. Existen restaurantes de todas partes del mundo, donde se sirven sus respectivos menús. El otro día me enteré que existe un colegio para inventores, van chicos del ciclo

primario, secundario y a la noche van personas adultas, tienen que ser muy inteligentes y haber inventado algo. Culturalmente está a la altura de muchas ciudades del primer mundo, donde los gobiernos ayudan económicamente... Aquí todo se genera “a plumón”: incluso personas investigadoras, grandes talentos, viven toda su vida con un sueldo insuficiente y siguen porfiando en su trabajo. Se editan tal cantidad de libros que muchas veces no se puede creer. Una amiga española que estuvo en mi casa el año pasado, me dijo: “Hay más libros en la calle Corrientes, que en Barcelona”.

Hay algo que llamó mucho mi atención, al llegar de España en 1969. Junto a la facultad de medicina donde ahora existe un estacionamiento de automóviles, estaba un hombre, sentado en el suelo arreglando cacerolas de aluminio, tapando los agujeros con estaño. Así se ganaba la vida. En España esta profesión ya no existía. Los chilenos el viernes a última hora de la tarde se vienen en avión para comprar libros, ropa, recorren la ciudad y asisten al cine y al teatro. El domingo por la noche vuelven a su casa. Cualquier joven inteligente capaz, que tiene facilidad vocacional logra lo que se proponga, naturalmente con mucho trabajo y sacrificio.

En estos momentos tengo en mi casa una señora vietnamita, radicada en Suiza con una buena jubilación que le permite viajar a donde quiera. La llevé un sábado a un lugar que se llama Tierra Santa. El lugar es grande, de unos tres kilómetros cuadrados, está recreada la pasión de Cristo: su nacimiento, la creación del mundo, animales, soldados, todos ellos en tamaño natural y para que no se enojen ninguna de las tres religiones primarias, hay una iglesia, una sinagoga, y una mezquita: “creo que todo esto es creatividad y cultura”. De la cumbre del monte calvario, sale un Cristo de tres metros de altura, que impresiona un poco al mover cabeza y brazos. Ella me dijo: “Esto en Suiza y Europa, no ocurre. Solo en estos países interesa”.

La “City Porteña”, Buenos Aires, es la ciudad de Suramérica que más se parece a las ciudades europeas, por su arquitectura, su funcionamiento y sus habitantes. Si te metes en uno de sus negocios, es difícil deshacerse de los vendedores, te sacan hasta el último peso. Más vale ser de perfil bajo y cuando te hablan la palabra mágica para persuadir al fenicio vendedor es: “*Claro, claro...*”. Los porteños son los nacidos en Buenos Aires; el mote se debe a la cercanía del puerto. Siendo una mezcla de razas, con una gran carga de tradiciones, lenguas, creencias, codicias, odios y amores, los porteños son el resultado de esta combinación, la mezcla de gallegos, castellanos, vascos, andaluces, napolitanos, sicilianos, judíos, polacos y chinos. La diversidad hizo del porteño una identidad única y a la vez.

España estuvo en mi corazón, y mucho lloré por mi León en noches de vigilia, pero en estos momentos, aunque parezca mentira e inverosímil no cambio a esta ciudad por nada del mundo, ya la miro con ojos nativos.